

nerlos con un estilo tan ameno e ingenioso que casi podría calificarse de novelesco. Llenas de donosura e ironía están, por ejemplo, las páginas que dedica a describir la figura del boticario clásico —científico, pícaro, hablistán y comediante, todo en una pieza (pp. 174-176).

Mucho hemos de agradecer al doctor Padrón todos los que nos interesamos por la dialectología hispanoamericana, el servicio que nos ha prestado con su bello y riquísimo estudio, superior en interés y utilidad a otros muchos que se publican con mayores pretensiones de rigor científico.⁵

JUAN M. LOPE BLANCH

DÁMASO ALONSO, *Primavera temprana de la literatura europea: Lírica, épica, novela*. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1961; 253 páginas.

Es curioso el caso de Dámaso Alonso; tan curioso como el de Jorge Guillén, porque siendo ambos tan poetas, tan excelentes poetas, tengan también capacidad crítica y aun sean dueños de un material erudito de primer orden, el necesario para adentrarse en el análisis de temas literarios que, por lo común, están destinados al comercio de especialistas como Américo Castro, Casaldüero y otros pocos. Dámaso Alonso tiene, además, el arte de manejar con soltura un idioma entre culto y hablado. El libro que comentamos se lee sin fatiga, sin cansancio, antes con gratísimo deleite. Las ideas que se exponen van como abriéndose paso por sí solas; tal es la maestría con que las conduce el autor.

El libro contiene tres partes: "Cancioncillas de amigo mozárabes", "La primitiva lírica francesa a la luz de una nota emilianense" y "Tirant-lo-Blanc, novela moderna".

⁵ Verdad es que Padrón —médico de profesión y lingüista sólo de afición— no se ha sometido a las normas más imperiosas de la investigación dialectal; por ello, no siente el escrúpulo de precisar la extensión geográfica dentro de la cual se emplean tales o cuales voces (sólo hace algunas observaciones geográfico-lingüísticas referentes a los Estados de San Luis, Campeche y Yucatán), ni siquiera juzga necesario consignar el nivel socio-cultural en que se usan determinadas palabras o expresiones. Él mismo advierte que no ha sido su deseo hacer una investigación rigurosamente lingüística y que por ello no se ha tomado la molestia de caracterizar individualmente a sus informantes, cosa muy explicable en un lingüista aficionado; lo único que no podemos dejar de lamentar es que haya silenciado los giros o vocablos "indignos de figurar en letras de imprenta", y que haya huido de todo lo que pudiera resultar obsceno, pues con ello ha cercenado voluntariamente su estudio, dando muestras de una pacatería impropia de un buen "aprendiz de lingüista".

Estos ensayos suponen dos virtudes, igualmente significativas: una que va dedicada a especialistas, a gente dueña de antecedentes técnicos que permiten seguir el hilo de la materia expuesta hasta sus términos últimos; y otra que, por su sencillez, conviene al iniciado o al profano o al simpatizante deseoso de adueñarse de noticias fecundas para captar la expresión literaria y el conocimiento de su historia.

Con el primer trabajo se amplían y se profundizan los orígenes líricos de España, y se refuerza la vieja idea (pero nada divulgada) de que la convivencia de hombres disímiles en la Castilla Nueva y en el predio andaluz, había de producir, como produjo, una anticipación de los valores literarios españoles. Por otro lado, con los ejemplos de esta redescubierta poesía, se advierte la limpieza, la claridad de la expresión española, porque entonces partía de un núcleo original, como si madurase de adentro hacia fuera. Mucho, muchísimo podría decirse acerca de esta evolución de la poesía y de la literatura, cuando es natural proceso de sus raíces, de sus voces y de sus aspiraciones. Entonces será dable medir (entrado el Renacimiento) el grado de torcedura que sufrió la lírica española. No se ha hecho el deslinde de los valores auténticos y artificiales de un Góngora. A Góngora (el genial poeta) no se le debe seguir estudiando sometiéndolo al peso de los recursos míticos, gramaticales y latinos de su tiempo. La esencia gongorina o culterana (mecanismo de la imagen y de la metáfora) era posible sin la trabazón retórica extraña al proceso interior de la lírica española.

En la segunda parte, el documento que descubre e interpreta Dámaso Alonso amplía el campo del origen de la primitiva épica francesa. Es documento que se vincula además a la tradición española. En la tercera parte se analiza, con lucidez hasta ahora nunca alcanzada, el significado de una de las postreras novelas de caballerías. Se señala el mundo antepuesto en que se mueven *Amadís de Gaula* y *Tirante el Blanco*. Con los comentarios de Dámaso Alonso se ensancha el significado de una perspectiva histórica donde habrá que situar, en idéntico plano, los *Arciprestes*, la *Celestina*, *Tirante el Blanco*, el *Lazarillo* y creo que también el grupo de *Coplas* de los siglos xiv y xv. Hay en todo este ciclo algo así como la exposición de un clima hedonístico, que se traduce en varias grietas: la cínica, la sensual, la erótica. Son textos de una época en crisis, que se agita en la indecisión de su tiempo y de su espacio. *Tirante el Blanco* es el desenfadado, casi la burla de un género que pecó de ideal. Hay en el *Tirante* una previa idea que ha de madurar en la mente de Cervantes. Tras este mundo hedonístico, vendrá, con la sacudida de la Reforma (y su réplica de la Contrarreforma) el mundo del estoicismo. Sin este perio-

do senequista, no tendría razón el grupo de ascetas y de místicos españoles, pero ni siquiera la actitud escéptica de Erasmo. Erasmo es el índice de una actitud que ve claro el conflicto, pero que estima peligroso aducir una razón para resolverlo en uno u otro sentido. Erasmo es de la escuela de Montaigne, y tiene mucho de la actitud de Vico. Para librarse de un conflicto que se vive, se recurre a la objetivación de los valores que sólo tienen sentido en el plano de lo subjetivo. Es una trampa legal para prolongar la libertad del hombre. El libro de Dámaso Alonso es un caudaloso incitante para penetrar, con verdadero ánimo (crítico e histórico) en algunos sectores de la antigua literatura española.

ERMILO ABREU GÓMEZ

Facultad de Filosofía y Letras

RAIMUNDO LIDA, *Letras hispánicas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1958; 346 págs. (Sección de *Lengua y estudios literarios*).

Raimundo Lida reúne en este volumen una parte de su obra, dispersa en publicaciones y revistas profesionales. Son páginas nacidas bajo muy diversas constelaciones y dedicadas a diversos auditorios, según advierte el prólogo; estudios y esquemas —añade— abiertos a reelaboración y ampliación. No obstante tal diversidad temática y expositiva, el libro, en su conjunto, es una brillante síntesis de investigaciones filológicas y tradicionales saberes humanísticos. Una continuidad de pensamiento se anuda y teje, ensayo tras ensayo, a través de zonas en apariencia dispares, algunas fronterizas con el campo de la ciencia literaria: filosofía, historia, teoría del lenguaje, estilística, crítica de textos, etc.

Este hilo subterráneo y conductor consiste en la manera como Lida se aproxima al fenómeno estético armado de juicios de valor que replantean, de modo implícito, el permanente y aun no resuelto problema de la naturaleza y fines de la literatura. En todos los ensayos subyace un tipo de actitud y de respuesta que no siempre alcanzan los estudios estilísticos, cuando olvidan que la literatura es, además de un estético fin en sí, un modo de conocimiento no discursivo, sino expositivo y representativo; una aproximación ordenada a la maraña del mundo; un intento de precisa formulación intelectual de las emociones como vía hacia el logro de la "calma espiritual" goethiana. Es evidente para Lida —y para los lectores de su libro— la existencia, en el *juego* literario, de una noble y alta zona del espíritu, proveedora